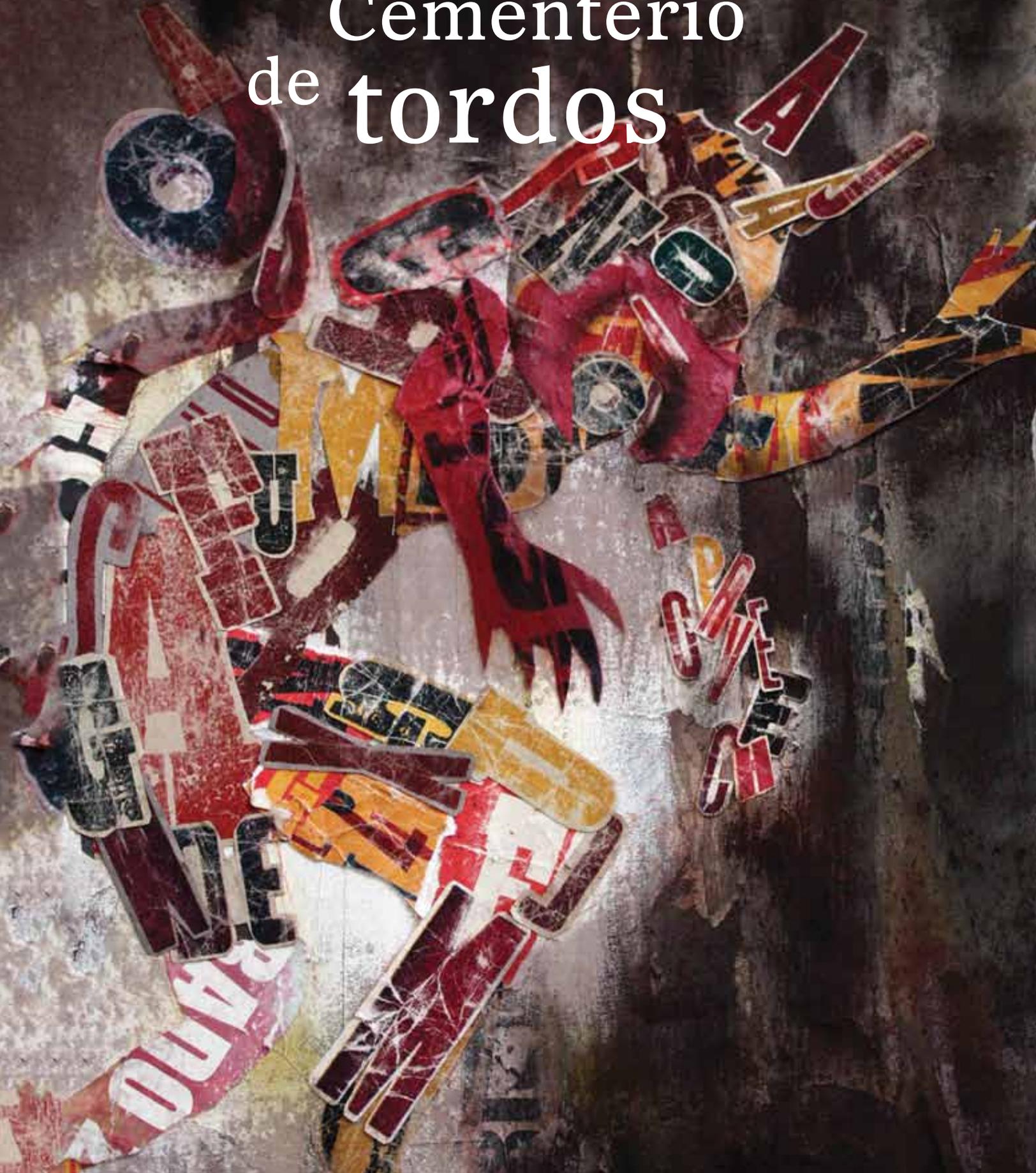


SERGIO PITOL

Cementerio de tordos



La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com

COLECCIÓN

Novelas en Campo Abierto
México: 1922-2000

COORDINACIÓN Y EDICIÓN

Gustavo Jiménez Aguirre
y Gabriel M. Enríquez Hernández

Cementerio de tordos

© Sergio Pitol

D.R. © 2012, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Del. Coyoacán
C.P. 04510, México, D.F.
Instituto de Investigaciones Filológicas
Circuito Mario de la Cueva, s.n.
www.filologicas.unam.mx

D.R. © 2012, Fondo Nacional para la Cultura y las Artes
República de Argentina 12, Col. Centro
C.P. 06500, México, D. F.

Diseño de la colección: Patricia Luna

Ilustración de portada: D.R. © Andrea Jiménez

ESN: 1030212102933795407



Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.
Hecho en México.

Índice

La historia que el primo de Raúl... 5



La historia que el primo de Raúl comenzó a escribir en el barco y terminó en Italia no fue bien acogida. Billie Upward lo desanimó de inmediato. No tenía raíces, pontificó; era una historia muy abstracta, imposible ubicar el lugar donde la acción transcurría. Orión podía ser una editorial pequeña, pero con exigencias inmensas. Revelar a un público cultivado aspectos del mundo que el mundo desconocía, era la primera.

—Unos cuantos días atrás, añadió Billie, había leído la traducción de un relato islandés limpio de localismos y de folclore, sin necesidad de glosarios especiales; el autor había elaborado un drama moderno que cualquiera de nosotros podía protagonizar, pero que a la vez dejaba sentir un olor a mar diferente a cualquier otro olor a mar. Era posible concebir una luz que sólo los nórdicos veían, paladear un arenque de sabor

6 distinto al habitual, sin que él (ese muchacho de pelo color de paja que asistía regularmente a las reuniones, apenas hablaba y bebía inmoderada y silenciosamente) mencionara en absoluto ese olor, esa luz y esos sabores; todo estaba implícito en una narración intimista que transcurría en un departamento posiblemente igual a éste donde nuestra conversación tiene lugar; pero enclavado en un entorno absolutamente distante.

Terminó dándole a regañadientes la razón; la protagonista de su relato vive una temporada en el extranjero, en Nueva York para ser más preciso, ofrece una fiesta para celebrar la exposición en esa ciudad de un viejo amigo mexicano convertido en un pintor famoso, y a la vez recibir a su hijo, un adolescente a quien no había visto desde varios años. Para que se planteara el conflicto que le interesaba desarrollar era necesario que estuvieran en países distintos y que madre e hijo apenas se hubieran tratado en los últimos años. Lo que ocurría en esa fiesta era toda la no-

7 vela, nada más. Pero él apenas conocía Nueva York, tenía una visión meramente turística de la ciudad, nunca había pasado en ella más de diez días seguidos, y por eso le era difícil lograr que madre, hijo y demás personajes incidentales se movieran con soltura. Seguir los consejos de Billie hubiera significado rehacer el texto por completo, lo que de ninguna manera se le antojaba. Si en aquel tiempo envidiable algo le sobraba eran historias. Tenía cuadernos llenos de apuntes, de esbozos, de proyectos más o menos desarrollados. Los vaivenes del viaje siempre le producían ese efecto. En esos días de Roma, no se le ocurren nuevos temas, pero sí soluciones atractivas para aquellos relatos que habían quedado a medias.

Un sueño fue decisivo para echar a andar los mecanismos de la creación. Debe haberlo padecido una noche no demasiado posterior a la muerte de su padre, en la que intentaba olvidar no estar acompañando a su madre en ese momento decisivo y los sueños lo agobiaban sin cesar.

8 Recuerda que escribió el nuevo cuento como entre fiebre, en el interior de un café carente de gracia donde oía caer los chubascos de otoño; quedaba muy cerca de su departamento, un café bastante sórdido donde por las tardes se reunía una clientela juvenil a oír una sinfonola, situado casi en la esquina de la vía Vittoria y el Corso, la quintaesencia de cierta Roma de mal vivir. Lo único parecido a ese pueblo mexicano en donde de pronto se sumió eran los chaparrones.

En sus sueños hay apenas acción; a veces tiene la impresión de estar soñando en cámara lenta, tan estáticas así son las escenas. Alguien comienza a hablar, y aunque después sólo recuerda una frase o unas cuantas palabras le queda la impresión de que la persona habló durante horas enteras. Las reuniones no terminan nunca. Hacía apenas unos días soñó que su pantalón nuevo, el del traje azul a rayas que le hizo comprar Araceli Zambrano poco después de haber llegado a Roma, tenía un boquete en la rodilla;

cuando despertó sintió el efecto de haber pasado un tiempo infinito contemplando con estupor los destrozos del casimir. Cualquier sueño puede aproximarse a la pesadilla debido a esa duración desusada. Le angustia que aquello no termine nunca, lo que puede convertir cualquier situación cotidiana en una verdadera tortura.

9 En cambio el sueño al que parcialmente atribuye el nacimiento del relato estuvo colmado de movimiento y de contrastes. Soñó que era niño y que vivía en el campo en una casa de amplios tejados, una serie de espaciosas habitaciones alineadas en torno a un patio interior, soleados corredores con macetas de helechos y geranios. Hay mucho de abandono y descuido en aquella casona, donde vive acompañado de sirvientes y peones del rancho. De vez en cuando aparece un anciano: su abuelo. A partir de cierto momento comienza a presentarse en la casa disfrazado estrambótica y caricaturescamente de millonario. Ostenta una levita, sombrero de copa gris perla,

10 polainas, fistol en la corbata y guantes grises, atuendo que por fuerza contrasta con el sobrio y natural deterioro que reina en la casa. El nieto observa regocijado las apariciones y transformaciones de su abuelo y la opulencia cada vez más notoria de su atavío. De pronto la acción sufre un vuelco. Desaparece la casa y en su lugar aparece un hermoso palacete situado en la zona residencial de una capital europea, posiblemente París. Junto al niño viaja Panchito, un antiguo sirviente de la casa, su amigo y confidente. A veces ese palacio es visitado, lo que no deja de sorprenderlo, por Vicente Valverde (en la vida real Valverde era un antiguo compañero de trabajo, un tipo cuya capacidad de intriga le permitió crear en unas cuantas semanas tal desconfianza e incomodidad entre el personal de la oficina que si en verdad era policía, como se murmuraba, le debía resultar fácil obtener cualquier información que necesitara: todo el mundo rastreaba a todo el mundo. El clima de ab-

yección donde chapoteaba era tal que cuando un amigo le propuso ocupar una plaza bastante mediocre en Educación no dudó ni un instante en aceptarla). En el sueño, Valverde llegaba de visita casi siempre en ausencia de su abuelo e interrogaba a los sirvientes. A veces lo veía anotar en una libreta el nombre de los remitentes de la correspondencia acumulada en una mesa del despacho. El niño sabe instintivamente que debe desconfiar de él y en su presencia es en extremo reservado. Algunas veces sale a pasear con su fiel Panchito en uno de los automóviles del abuelo, un Rolls Royce imponente. No puede menos que comentarle que le intriga el origen de la fortuna que disfrutaban. Los dineros que su abuelo gasta a manos llenas no pueden ser legítimos. Ambos recuerdan la modestia con que originariamente vivían en el campo, los problemas económicos del anciano, a veces sus apuros para pagar los sueldos y algunas cuentas elementales. ¿O acaso no había sido así su vida antes de que apareciera

11

con levita y sombrero de copa? No se había ganado la lotería, realizado ningún negocio espectacularmente afortunado, ni recibido una herencia. Lo único que podía explicar esa bonanza... Y le revelaba a Panchito algunas sospechas sobre actividades ilícitas que al día siguiente, cuando reconstruyó el sueño, sintomáticamente no logró precisar. Recuerda que apenas manifestó sus sospechas, el hipócrita Valverde, oculto en el asiento trasero del coche, se levantó, abrió la portezuela, y una vez dueño del secreto, saltó del automóvil aún en movimiento. A los pocos días el abuelo apareció muy sobresaltado, con el ropaje de gala mal abotonado sobre su voluminoso cuerpo; dio órdenes para que empezaran a empacar los objetos más valiosos. A él lo envió en el Rolls Royce a un taller mecánico donde inmediatamente lo desmantelaron y convirtieron en un coche pobreton de modelo anacrónico. Por las conversaciones de los mecánicos se enteró de que, tal como sospechaba, las actividades del abuelo encubrían

una vasta organización criminal. Eso no le asusta tanto como tener que reconocer que por su culpa, por haber hablado delante de un soplón, perseguían a su abuelo. De pronto, al asomarse por la ventana del cuartucho que le han acondicionado como dormitorio, descubre que el taller está no situado en un barrio opulento de París sino en los alrededores del ingenio donde siempre pasaba sus vacaciones infantiles.

No deja de sorprenderlo la presencia recurrente e incomprensible de ese ingenio en el sueño, como cuando intentaba recordar a su padre.

La tarde siguiente al sueño la pasó haciendo notas sobre aquellas lejanas vacaciones en el local a donde bajaba todas las mañanas a desayunar y a leer el periódico, un café, ya lo ha dicho, de muros desnudos por entero diferente al Greco o al bar del Albergo d'Inghilterra, desprovisto del prestigio de esos otros recintos, de sus antecedentes literarios, de las atmósferas concentradas y de esa especie de elegancia opa-

ca que tan bien suele mezclarse con las letras. En el suyo (ni siquiera recuerda el nombre... ya no existe, ha pasado varias veces por allí y ahora el local lo ocupa un anticuario...) sólo se veía algún calendario manchado en las paredes, o las tres o cuatro mesas de patas metálicas y superficies de baquelita color naranja, sobre una de las cuales empezó a enumerar los elementos de aquel remoto pueblo tropical de su infancia: el ingenio de El Potrero. Esa misma tarde vislumbró la trama de su cuento.

Imaginó a un narrador sentado en un escuálido cafetucho de Roma lanzado a la reconquista de algunos espacios donde transcurrió su niñez. Un escritor que a su vez imagina a un niño, a su familia, vecinos y amigos, y describe el momento en que por primera vez conoce el mal, o, mejor dicho, el momento en que descubrió su propia flaqueza, su carencia de resistencia al mal.

Cuando salió del primer trance había llenado varias páginas de su libreta con una letra minús-

cula y segura y había tomado tantos cafés que sentía que los músculos faciales estaban a punto de disparársele. El ruido de la sinfonola había cesado, y un mesero, desatando las cintas de su largo delantal blanco le avisaba que había llegado la hora de cerrar el establecimiento. Advirtió que en efecto había pasado unas cinco horas encerrado en aquel antro, que había dejado desde hacía mucho tiempo de llover, que no había ido, como todas las noches, al departamento de Raúl y que tenía ya una idea más o menos clara de lo que se proponía escribir.

En cierta forma se trataría de una investigación sobre los mecanismos de la memoria: sus pliegues, sus atolladeros, sus prodigios. El protagonista tendría su edad. Muy niño, a la muerte de su abuelo, un ingeniero agrónomo, la familia se había dividido; una hermana de su padre, casada con el licenciado de la empresa, se había quedado a vivir en el ingenio. Sus padres y su abuela se habían instalado en México. Todos

16 los años pasaban juntos allí las navidades. Él y su hermana llegaban con la abuela mucho antes y pasaban con sus tíos las vacaciones completas. Los primeros recuerdos del lugar eran muy confusos. De eso se trataba, de esbozar con la imprecisión de una mente infantil una historia donde el narrador quería ser testigo y a la vez se sabía cómplice.

El autor, sentado en una mesa de un café de Roma, se proponía en primer lugar establecer aunque fuera a grandes rasgos la difusa cronología de sus viajes al ingenio. Está casi seguro de que comenzó a ir antes de entrar a la primaria; debía haber pasado allí sus vacaciones de invierno durante seis o siete años. Pero hablar de invierno y referirse a ese lugar era ya en sí un desvarío, porque el calor era un tema que suscitaba profundos lamentos, causa de sufrimientos constantes para su abuela, su madre y su tía, comienzo y fin de cualquier conversación, tema siempre presente, aun en medio de la lluvia, y

el tizne ardiente que intermitente desprendía la alta chimenea lo potenciaba. Al inicio todo se le confundía; no sabe con exactitud en qué viaje ocurrió tal o cual incidente. Las conversaciones, los hechos, todo se aglutina en una especie de tiempo único que suma esos meses de diciembre de los varios años en que fue y dejó de ser un niño. Sobre todo porque desde hace mucho había dejado de pensar en esa época, la tiene enterrada en la memoria, casi podría decir que ahora la detesta, no obstante haber sido en otro tiempo esa sumersión en el trópico lo más semejante al paraíso que podía concebir. Se ve con el pelo casi blancuzco de tan rubio, una camisa de manga corta, pantalones también cortos, las piernas llenas de arañazos, raspaduras en las rodillas y en los codos y unos pesados y espantosos zapatos de minero de punta chata. Se recuerda corriendo entre huertos de naranjos, jardines perfectamente cuidados con manchones de adelfas, buganvillas, jazmines, plantas de nochebuena que

separaban entre sí las casas de los empleados importantes del ingenio. Un largo muro rodeaba la fábrica, la casa y los jardines que las rodeaban, así como los centros de esparcimiento: el hotel para huéspedes, el club de damas situado en los altos del restaurante y las canchas de tenis cuyo objeto era separar aquel flamante oasis del resto del pueblo. Del otro lado del muro vivían los obreros, los peones y los pequeños comerciantes: gente de otro color y otro pelaje. Las sirvientas constituían uno de los pocos puentes entre ambos mundos. Otro, las excursiones al río; a menudo un grupo de niños y adolescentes salía a nadar en las pozas del río Atoyac ante la curiosidad de los de afuera, quienes se aproximaban para aconsejar tal o cual modo de bracear, de vadear la corriente o indicar los mejores lugares para practicar clavados. Pero no es de la separación de esos dos grupos humanos y sus furtivos contactos de lo que iba a tratar el relato. La acción sucedería pura y exclusivamente adentro,

a pesar de que figuran el gordo Valverde y los chinos, hijos de los empleados del restaurante, a quienes se trataba como gente de afuera.

El protagonista piensa que si revisitara el ingenio tal vez descubriría que todo era mucho más modesto de como lo veían sus ojos infantiles. Está seguro de que el jardín era menos espectacularmente hermoso que la visión conservada en su memoria, que las casas no eran tan amplias, ni tan modernas como la serie de artefactos entonces casi desconocidos se lo indicaban: las estufas y los calentadores de baño eléctricos, por ejemplo. Los idiomas extranjeros, en especial el inglés que oía constantemente, le imprimían al lugar otra nota de extrañeza, pues buena parte de los técnicos eran norteamericanos.

Anotó, anotó todo lo que la memoria le arrojaba sin preocuparle la calidad de materiales que ese aluvión incontenible le ofrecía, sabedor de que sobre algunas de esas anécdotas en apariencia triviales se edificaría el relato cuyo

germen vislumbró al recordar el sueño en que por imprudencia, por descuido, traicionaba a su abuelo revelando a su peor enemigo el carácter criminal de sus empresas.

Trazó, por ejemplo, a grandes rasgos, una crónica de aquella misa en memoria de su abuelo que acabó en una riña entre el rústico sacerdote del pueblo y sus feligreses, quienes se sentían timados por supuestas anomalías en la colecta para comprar una campana, lo que le libró de asistir a misa el resto de sus vacaciones, pues su familia, muy ofendida, dejó de frecuentar la iglesia. Anotó cosas más placenteras, las cacerías de pájaros a las que a veces acompañaba a sus primos, los frecuentes paseos a los pueblos cercanos con un viejo velador del ingenio, un borrachín impenitente que les daba a probar unos refrescos cuya botella se tapaba con una canica engarzada en un aro metálico a la que hacía uno girar con los dedos, refrescos a los que añadía unas gotas de ron para darle a la infatigable par-

vada de excursionistas la sensación de haber alcanzado la mayoría de edad. Escribió sobre los combates feroces que sostenían los jóvenes empleados del ingenio convertidos en “aliados” y “alemanes”, donde enardecidos por los rumores que circulaban de un peligro inminente, cuyos primeros indicios los daba la presencia de submarinos alemanes cerca de Veracruz y la declaración de guerra al Eje, que ninguno de ellos sabía bien a bien lo que significaba, sentían cercano el espectáculo de carnicerías atroces que cada semana les proporcionaba el noticiero cinematográfico. Anotó algunas conversaciones típicas de la época, los monólogos del esposo de su tía, abogado de la empresa, ante una mesa cubierta de cascos de cerveza; imprecaciones violentas e incoherentes contra su enemigo principal, el sindicato, que luego extendía al gobierno en general y a la escuela de la localidad en particular, la demagogia de cuyos maestros, decía, le producía vómito. Y también las conversaciones

trémulas de las damas. Su añoranza de las castañas sin las cuales ninguna cena de Navidad lo sería ya del todo, el horror ante la noticia de que las medias, y no sólo las de seda, serían retiradas del mercado; doña Charo, la inmensa esposa del agrónomo en jefe, declaraba a voz en cuello que primero se envolvería las piernas con vendas que salir a la calle al descubierto. Los hombres hablaban de dificultades cada vez mayores para obtener llantas de automóviles y temían que también se racionalizara la gasolina. Parecía como si los mayores penetraran de pronto en un mundo cuajado de aprensiones e incertidumbres mientras que para los chicos el estímulo de los riesgos por venir hacía sus juegos más plenos y salvajes y más amplias las horas de permiso para las hazañas nocturnas.

Anotaba todo aquello, pero de cuando en cuando volvía atrás para retocar algún párrafo o añadir nuevos detalles referentes a la misa en memoria de su abuelo, por ejemplo, estropeada

por la contienda que se entabló entre el sacerdote y los feligreses. Le extrañó la importancia que en sus recuerdos tomaba aquella ceremonia religiosa atropellada por una riña surgida de la compra de una campana. No era la anécdota misma, la misa terminada en forma tempestuosa, se dijo, lo que le interesaba, sino el hecho de que en aquella ceremonia aparecía el elenco completo de personajes de la historia que se proponía relatar: él y su hermana; los chinos con quienes construía ciudades de corcholatas a lado de pequeños canales de riego; el gordo Valverde con su aire de santurrón, los ojos en blanco, las manos unidas ante el pecho; el ingeniero Gallardo, ese hombre seco de piel áspera a quien sus padres llamaban el Lobo Estepario; su mujer, a la cual no le gustaba tratar con nadie, y sus hijos, Felipe y José Luis, sus vecinos, quienes durante años fueron sus más adictos compañeros de juegos. En un rincón, a la entrada de la iglesia, se hallaba, y eso como una mera deferencia a la

misa para el abuelo, pues ella no acostumbraba ir a misa, Lorenza Compton, aquella muchacha que tanto había cambiado desde la muerte de su padre.

Cuando piensa en esa época le parece que siempre estuvieron al lado de los Gallardo. Pero de pronto recuerda que durante los dos primeros viajes que hizo al ingenio, el *chalet* vecino a la casa de su tía Emma estaba vacío. Vislumbra una casa sombría en mal estado y un mínimo y descuidado jardín. ¿No viviría aún allí el ingeniero Gallardo?

Es posible que sea producto de la imaginación, que se deje influenciar por los acontecimientos que ocurrieron más tarde y que sean ellos los que tiñan su imagen del lugar. No le cabe duda de que en el último año (había entrado ya a la secundaria y fue la última vez que la familia se reunió en casa de su tía para celebrar la Navidad) los Gallardo ya no fueron al ingenio. Es posible que la imagen lúgubre de un *chalet* deshabitado en

medio de un jardín enmarañado correspondiera a la realidad de las últimas vacaciones, después de la tragedia.

Él y su hermana llegaban siempre antes que sus amigos; apenas terminadas las clases su abuela los acompañaba al ingenio, sin esperar a sus padres que llegarían mucho después. Como los Gallardo, quienes se presentaban en vísperas de la Navidad, para, a diferencia de sus padres que sólo pasaban allí las fiestas, quedarse hasta finales de enero. Había veces en que Felipe y José Luis ni siquiera pasaban la Navidad en el ingenio. Recuerda una noche memorable, aquella donde por primera vez le permitieron beber vino en la cena, y en que alguien, tal vez su madre, al asomarse al balcón y ver iluminadas las ventanas de la casa vecina comentó que habían sido poco generosos, que debían haber pensado en el pobre ingeniero. No era justo que aquel hombre pasara solo la Nochebuena, seguramente bebiendo, ¿pues qué otra cosa podría hacer a

esa hora? Su tío comentó que no tenía caso invitarlo; les hubiera respondido con una aspereza, era el hombre más antisocial que había conocido, un verdadero Lobo Estepario. El comentario debió haber sido hecho con mucha anticipación a la historia que se proponía narrar. Esa noche pasaron a última hora por su casa todos los hermanos Compton, incluida Lorenza, quien a la muerte de su padre, y por breve periodo, se acercó mucho a sus tíos.

Al autor en Roma, como a su protagonista, le ocurre concebirse por momentos como un personaje dividido por lealtades muy diferentes que no le hacen sentirse del todo a gusto en los varios mundos que frecuenta, y aunque en apariencia la sensación de que en ellos se mueve como un pez en el agua tiene intermitentemente la certidumbre de que sí, que es cierto, pero que se trata de un agua equivocada, no la de la pecera o el río que le corresponde. Se da cuenta de que a momentos su relato trata de evadirse antes de

siquiera permitirle una aproximación a la historia que pretende contar. Apenas se ha referido a Lorenza, al lobo estepario, nada ha dicho aún de su esposa, ni de los chinos o del villano Valverde fuera de menciones de paso. Lo que trata de decir, para explicar por qué se intensificó su amistad con los Gallardo, y de ahí la reflexión sobre su ambivalente situación entre Roma y su país, es que su infantil protagonista, por un proceso indefinido y subterráneo, se fue convirtiendo cada año más en un niño urbano que veía al ingenio como un lugar exótico y divertido, totalmente distinto a como lo podían concebir los chicos que allí vivían. De pronto se descubrió diferente a ellos, desconocedor de las claves que hacían al grupo de residentes un grupo cerrado, compacto y a momentos hostil.

Come un sándwich de huevo picado, toma su capuchino, trata de entender lo que unos gaudules de pelo indeciblemente sucio que rodean la sinfonola le dicen a dos chicas esmirriadas, que

se hacen las muy finas, emiten una risa hueca, se llevan la mano, una a la cabellera espantosamente rizada, otra a una falda de estambre, incongruente con el bochorno de esa tarde, como si tratara de bajársela a las rodillas, y piensa en lo que fue alejándolo de sus primos y los otros muchachos del ingenio; desde luego su aire citadino, cierta manera de ver, de actuar; movimientos distintos procedentes de las calles de Independencia y Balderas, tal vez el hecho de conocer las escaleras eléctricas de los grandes almacenes, de pasar más de media hora en un autobús cada vez que iba con sus padres de visita a Coyoacán o a San Pedro de los Pinos; el sosiego de una existencia transcurrida en interiores, mientras que Alfredo, Perico, Huberth, Johnny y también Mirna, Mary y Mariana, renegridos por el sol, sudorosos, no participaban de esa experiencia, y podían en cambio pasar una mañana entera arriba de una carreta de caña, andar varios kilómetros a caballo, viajar en los furgones que

comunicaban las diferentes dependencias del ingenio, hablando con los fogoneros en una jerga a momentos incomprensible; bien podía ser, pero también los hacía diferentes la amplitud de sus casas, la holgura que ni él ni los Gallardo, empacados en departamentos del centro de la ciudad, conocían, y también el hecho de que tanto la familia de éstos como la suya carecían del elemento de extranjería que había en las del ingenio. Pero no piensa desarrollar esas líneas en su cuento porque sabe que eso lo llevaría por otros cauces cada vez más ajenos al tema que se propone tratar, y que en cambio, se prestaría a largos e inoportunos interrogatorios de Billie, a discusiones sin sentido el día que le entregara el manuscrito, si al fin y al cabo lograba terminarlo, y por eso ha preferido dejar fuera esas afinidades y discrepancias que paulatinamente lo hicieron integrarse a un grupo y distanciarse de otro, el de los de más adentro, o sea los de adentro stricto sensu.

Jamás podría ser un escritor de viajes en el sentido clásico de la palabra. Tarda años en aprender la configuración y en entender las coordenadas de una ciudad; las más simples relaciones entre un edificio y una plaza cercana, entre un monumento y su propia casa situada a unas cuantas cuadras, le son a veces inaccesibles. Describir eso le resulta extremadamente arduo, es una labor para la que no ha nacido. En el caso del ingenio, para los efectos del trazo que le resulta necesario hacer, puede pensar, por más que el ejemplo tenga mucho de grotesco, en el mapa medieval de un pequeño burgo crecido a la sombra de un castillo. La inmensa fábrica del ingenio y sus dependencias, los trapiches, la destilería de ron, equivaldría a la mole del castillo; a su alrededor crecía un parque, donde se hallaban la casa del gerente, los técnicos y empleados de confianza, el médico, el abogado, los administradores, los ingenieros químicos y otros técnicos, el lugar de las actividades sociales, la cancha de tenis, el

hotel para los visitantes, el restaurante atendido por los chinos, etc., más nuevamente jardines y otras casas hasta llegar a las bardas que harían la vez de la antigua muralla medieval. Dos portones, perpetuamente custodiados por un grupo de porteros, daban acceso al otro mundo, el del pueblo. Las casas de los de adentro rodeaban el club de damas que fungía como eje social del lugar; todos, en algún momento, grandes y chicos, se encontraban en sus inmediaciones. Pero detrás de la fábrica y las oficinas de la administración quedaba, aislado de todo lo demás, otro mínimo oasis, una arboleda, una casa de dos pisos, la de sus tíos, con un amplio jardín y dos *chalets* al lado, en uno vivía el padre de los Gallardo y en el otro un viejo matrimonio italiano que visitaba con mucha frecuencia a sus tíos. Cuando don Rafael no hablaba de abonos y variedades de caña lo hacía de la situación en los frentes europeos y asiáticos que parecía conocer de memoria. Ella, doña Charo, una mujer enorme

y bondadosa, hablaba de alcaparras. Bueno, de cocina, de salsas y escabeches donde la alcaparra parecía tener un lugar preponderante. De su lejana juventud en Sicilia era el del corte de la alcaparra que podía contemplar desde su ventana, y en el que, según decía, a veces solía participar. Le parece, mientras redacta sus notas, que con la edad aquella mujer confundía la planta de la alcaparra con los olivos.

En un momento siente que su narrador corre el riesgo de sumirse horas enteras en trivialidades, en recuerdos que nada contribuyen al desarrollo de la anécdota y que tampoco creaba por sí una significación. Que don Rafael hablara de fertilizantes y doña Charo de la manera de moler unas cabezas de ajo con un pomo pequeño de alcaparras para después rociar los macarrones, ¿a quién carajos podría importarle? O de que sus primos mayores, que estudiaban la secundaria en Córdoba y que como ellos pasaban las vacaciones en el ingenio no pararan en casa

sino a la hora de comer y a veces la de cenar, de que salían muy temprano con sus raquetas, sus rifles y dividían su tiempo en la cancha de tenis, en la cacería por el campo, en el río, o en casa de los Compton, donde por las noches oían discos, bailaban, tomaban ron y enamoraban a las muchachas de la casa o a sus amigas, eso ya tenía más sentido porque acercaba a los Compton a la trama. Eran éstos una legión de hermanos y hermanas: su padre había sido un americano administrador del ingenio muerto de un infarto, dejando a los hijos y a una viuda, una mexicana a quien había conocido en San Francisco que parecía no hablar bien el español ni el inglés, una mujer a quien uno fácilmente podía tomar por muda, a la cual vio muchas veces sentada en una mecedora, infinitamente frágil, delicada, de enormes ojeras, envuelta en un chal, meciéndose acompasadamente horas enteras, sin hablar, sin fijar la mirada en parte alguna, emitiendo de cuando en cuando profundos suspiros. Tal vez,

34 si se lo piensa mejor fuera un caso de debilidad mental, una naturaleza que no había salido de la infancia y que padecía de profunda melancolía. Era madre de un tropel de hijas e hijos perpetuamente bulliciosos, algunos de los cuales trabajaban en el ingenio. Una vez los hijos de Víctor Compton, el mayor de los hermanos, lo llevaron a su casa y él se quedó pasmado. No ha vuelto a ver un lugar parecido. Recuerda un inmenso salón donde se hubiera podido hasta andar en bicicleta. Había libreros por todas partes, no alineados a lo largo de las paredes como hubiera sido lo normal, sino en medio del recinto, dividiendo el espacio, y, por todas partes, conatos de salas que no lograban integrarse; en los sitios más inesperados había macetones con helechos y plantas tropicales, baúles, un restirador donde algunas veces trabajaba Huberth, y, según le parece, hasta camas. Alguien oía un radio en una esquina de ese hangar mientras en el extremo opuesto un grupo se apelotonaba alrededor de

un tocadiscos. La gente entraba y salía sin cesar. Doña Rosario, la madre, permanecía sentada en su mecedora con algunos periódicos y revistas en el regazo o a los pies; nunca la vio leerlos; 35 suspiraba, se mecía, muy de cuando en cuando llamaba con voz que era casi un susurro a una sirvienta, a alguna de sus hijas, a sus nietos, y les pedía que mandaran a comprar queso, o refrescos, que les encargaran a los chinos un pastel de limón, que sacaran las macetas a la terraza y las regaran. Daba la impresión de que nadie le hacía demasiado caso. Ella seguía meciéndose, jadeando; si la obedecían tampoco daba señales de satisfacción; apenas parecía enterarse de lo que ocurría a su lado. Por eso su extrañeza cuando no una sino muchas veces le oyó a Lorenza, a Edna, o a cualquiera de los Compton comentar que su madre estaba siempre en todo. Nunca la vio fuera de casa, a no ser en el jardín, sentada en otra mecedora, suspirando, gimiendo, con los ojos muy abiertos, como de lechuza, acentuados

por ojeras enormes cuya negrura posiblemente era artificial: le pedía al jardinero con voz inaudible que podara tal planta, que segara el pasto en tal o cual parte del jardín que se había convertido en algo peor que un monte, que bajara las guías de la buganvilia o de la copa de oro y las hiciera trepar a un lado de la escalera. Hasta para enunciar sus breves y monótonas peticiones parecía apenas abrir la boca.

Cuando conoció a los Compton debía vivir aún su padre, pero no recuerda su aspecto. Lorenza acababa de llegar de un colegio de Estados Unidos donde había pasado algunos años. Se había convertido desde su regreso en el alma de cualquier reunión. No era una muchacha hermosa, carecía de la belleza de las mujeres de su casa, no tenía, por ejemplo, ese aire perverso, de carnívora orquídea tropical, de Edna, de quien después del divorcio todo el mundo decía horrores, ni la elegancia de Perla; tampoco poseía el atractivo natural de la juventud que caracte-

rizaba a sus otras hermanas y cuñadas. Lorenza tendía a la obesidad, su ancha cara de niña estaba cubierta de pecas; sus labios eran grandes, abultados, y a pesar de ello nada sensuales. Era en cambio simpática y dicharachera, la consentida de su padre, de sus hermanos, hasta tal vez de doña Rosario, si es que ésta podía tener alguna preferencia. Le gustaba verla pasar a caballo como una ráfaga en dirección a un portón que comunicaba con el resto del pueblo. Había en ella algo loco, demasiado incontrolable, demasiado provocadoramente opuesto al gimiente estatismo de su madre.

En una ocasión los visitó en México. Había muerto su padre y no acababa de reponerse. Era una Lorenza distinta, delgada, vestida de luto, intranquila, que fumaba anhelantemente un cigarrillo tras otro.

—Me parece que volveré al ingenio —anunció—; no porque mi madre me necesite, ustedes la conocen, su fortaleza es la de un roble. Pero estoy

convencida de que en México no tengo nada que hacer. No sé cuánto tiempo me quedaré allá; creo que les hago falta a mis hermanos. ¿Por qué no podría trabajar en la gerencia, aunque sea traduciendo o contestando correspondencia? Sí, no pongan esa cara, de quedarme en México, se los aseguro, buscaría también un empleo.

Comentaron que sus proyectos eran absurdos, que había envejecido por fumar demasiado, que no le sentaba haber adelgazado tan de golpe. Ese diciembre en el ingenio sus tíos contaron que para los Compton el choque había sido brutal por lo inesperado, sobre todo para ella, tan dependiente de su padre. Además, en cuanto a dinero no habían quedado nada bien, tanto que Edna y ella trabajaban. Lo mejor para Lorenza, pensaban, sería casarse con alguno de los técnicos solteros que llegaban, de otro modo nunca iba a sentar cabeza.

Había llenado casi un cuaderno de notas. Tenía clara la historia y podía vislumbrar con bas-

tante nitidez a los personajes. Seguía sintiendo un odio visceral por el gordo Valverde. Le parecía repugnante que las tragedias, tanto las grandes como las pequeñas, pudieran desencadenarse por gentuza de esa calaña. Llegó el momento en que el narrador comenzó a ordenar sus materiales.

Tres posibilidades se le ofrecían para iniciar el relato:

La primera: un niño desentierra una caja de zapatos y contempla sorprendido cómo los pájaros sepultados unos cuantos días atrás se convierten en una masa fétida y blancuzca, pues, para su estupor, no obstante haber cerrado la caja con tela adhesiva, los gusanos habían penetrado y hecho presa de los tordos cazados por sus primos. En cierto momento advierte una presencia a su lado; ve unos zapatos cafés de suela gruesa y la parte inferior de unos pantalones; levanta la cabeza y encuentra el ceño hosco del ingeniero Gallardo, quien observa con curiosidad sus funciones de sepulturero.

—No sé por dónde pudieron entrar los gusanos —el niño explica el cuidado que tuvo en cerrar la caja para que no le volviera a ocurrir lo de otras veces, y, sin embargo, los resultados estaban a la vista—. Bajo una de estas piedras tengo enterrado un tordo —añade un poco cohibido.

El ingeniero diría algo que el chiquillo no entendería del todo sobre la descomposición de la materia: le explicaría que aunque la caja fuera de metal y no tuviera rendijas cualquier animal muerto se agusanaría, porque era el cuerpo quien contenía los gérmenes de putrefacción y no el exterior quien los introducía.

—Me gustaría que alguno de mis hijos estudiara biología —añadió—. Tengo dos hijos que están por llegar. Vendrán a pasar las vacaciones conmigo. Esta misma semana estarán aquí. Van a ser ustedes muy buenos amigos. Pero me gustaría que no practicaran estos juegos.

Aquél era uno de los inicios posibles. Luego seguiría la llegada de los Gallardo con su madre,

el principio y la evolución de la amistad. Y de ahí se desprendería el resto.

Otro comienzo podría arrancar de la noche en que después de una función de cine Lorenza y Huberth, su hermano menor, pasaron a cenar con ellos. Toda la familia había ido a ver *La viuda alegre* y regresado de óptimo humor. Lorenza estaba radiante, imitaba los movimientos de la viuda, tarareaba el vals, giraba con su hermano por la sala, se soltaba, se deslizaba hasta el balcón, volvía a entrar cantando, olvidada ya del luto, convertida de nuevo en la alegre muchacha de un año atrás, sólo que no era ya la niña obesa de entonces, sino una joven delgada, y, esa noche, hasta hermosa.

De alguna manera Lorenza se las ingenió para que todos conversaran sobre los vecinos: el ingeniero y su familia. Él y su hermana habían estado la tarde en casa de los Gallardo. Hojeaban los libros que el ingeniero había comprado hacía unos días en Córdoba y observaban con

fascinación las ilustraciones de unos volúmenes de Julio Verne. Pudieron oír un diálogo entre su padre y la mujer del ingeniero. Los Gallardo hijos se sonrojaron de vergüenza, desviaron la mirada y se concentraron en sus libros, para no mirarlos, mientras su madre respondía a un comentario de su padre sobre la película que exhibirían la noche siguiente, lanzaba los naipes, una carta tras otra, sobre la mesa, y estudiaba las posibles simpatías y diferencias que establecían entre sí.

—Vamos poco al cine y nunca a ver ese tipo de películas —recogió algunas cartas; formó un nuevo mazo con ellas y empezó a barajarlo; luego, mientras las iba tendiendo sin separar de la mesa la mirada, añadió—: según me han dicho el ambiente del cine no es nada alentador, todo está allí muy revuelto.

—No, no lo crea —dijo su padre, ya un poco impaciente, arrepentido sin duda por haber iniciado la conversación—. Rubén Landa, el hermano del jefe de bodegas, organiza las funcio-

nes y siempre nos reserva a los de adentro tres o cuatro bancas. Uno no tiene que mezclarse con los trabajadores.

—Ya lo sé; precisamente me refería a esas tres o cuatro filas; ahí es donde me imagino todo muy revuelto... ¡Tres de espadas! —movió las cartas de toda una hilera, las dispuso en varios lugares para hacerle campo al tres de espadas—. Hay un tipo de gente a la que no trataría en México, no veo por qué tendría que hacerlo aquí.

Y sin más pareció olvidarse de su interlocutor y se concentró en su juego.

Su padre no reprodujo el diálogo. Dijo sólo que pocas veces había conocido a una mujer tan antipática y ridícula, que podía explicarse muy bien por qué a aquel hombre se le había agriado el carácter. No era para menos. Lorenza comenzó nuevamente a bailar, como si no oyera la conversación que había provocado. Parecía que el vals de *La viuda* no la dejara en paz, que se le hubiera clavado en el cuerpo y la afiebrara...

La tercera posibilidad de un inicio de relato podría desarrollar la idea de un niño que sin ser consciente de las causas se va apartando de sus primos y antiguos compañeros de juego. Al comenzar a intimar con los Gallardo se forma una liga entre extraños al lugar, potenciada no sólo por la vecindad y el hecho de que sus casas quedasen relativamente aisladas de las otras, sino también por compartir un lenguaje urbano, ciertos puntos de referencia comunes; tal vez por un fastidio que las veces anteriores no percibió ante la actividad de amos del mundo que asumían los locales; comenzó a irritarlo, por ejemplo, la falta de curiosidad de éstos por todo lo que sucedería fuera de sus dominios. La separación se fue acentuando gradualmente, no porque el intercambio de libros de Verne y Jack London o la conversación sobre sitios de México que sólo ellos conocían les confiriera un sentimiento de superioridad cultural. Se trataba de una voluntaria marginación a secas.

Sus juegos consistían en abrir pequeños canales desde la toma de agua que servía para regar el jardín y construir en sus márgenes complicadas ciudades con corcholatas proporcionadas por los hijos de los chinos o el gordo Valverde, que luego dividían en ciudades del Eje y ciudades aliadas y bombardeaban por turnos desde una y otra fortalezas, con saña a las del Eje y tal benevolencia y parcialidad hacia las aliadas que casi siempre resultaban ilesas después de los ataques sufridos. La necesidad de corcholatas les llevó a admitir en sus juegos a los hijos de los chinos que atendían el hotel y a Vicente Valverde, quien con su sonrisa estúpida y su palabrería infinita no cesaba de repetir sandeces sino hasta dejarlos mareados. Parecía tener horror al silencio y una necesidad de atropellarlo siempre con relatos interminables e incoherentes. Era impensable que Valverde y los hijos de los chinos jugaran al tenis, al billar, al beisbol con los de adentro, mucho menos que pusieran los pies en casa de algu-

nos de ellos; sin embargo, tal vez por su carácter de tránsito en el ingenio, resultaba normal que él, su hermana y los Gallardo compartieran con ellos sus juegos.

Un año los Gallardo se retrasaron. Fue la vez que estuvieron tentados en su casa de invitar al ingeniero a compartir la cena de Navidad, cuando su tío comentó que no tenía caso hacerlo, que era un lobo estepario y únicamente lograba sentirse a gusto cuando estaba a solas.

El jardinero había suspendido el riego y por lo tanto durante unos días ellos no hicieron canales. Por las tardes comenzaron a explorar, siempre con los chinos y el nefasto gordo, un terreno que quedaba muy retirado de las casas y del centro social del ingenio, un arroyuelo situado al lado de las oficinas administrativas, en cuyas orillas pastaban los caballos del gerente, por supuesto dentro del muro que los separaba del pueblo. Cerradas las oficinas no se veía un alma por aquellos lugares. Ellos bajaban a la

hondonada por donde corría el arroyo a buscar una especie de tomates silvestres. Soñaba en esos momentos en realizar hazañas que lo pusieran al nivel de los hijos del capitán Grant o los pequeños marinos del *Halifax*, y sólo allí envidiaba la vida aventurera de los otros chicos del ingenio.

A veces veían a Lorenza salir de su oficina. La veían despedirse de los demás y seguir un camino que conducía a la fábrica de ron. Horas después, al salir de la hondonada, la encontraban ya de vuelta, sentada en una piedra, con una vara en la mano, golpeando el pasto, tratando de empujar un pequeño guijarro o de escribir algo en el suelo (es posible que la haya visto así sólo una o dos veces, pero ésa era la imagen más precisa que conservaba de ella). Su expresión no era de felicidad, sino más bien de preocupación, de ausencia, mientras el ingeniero Gallardo daba vueltas a grandes zancadas a su alrededor, y hablaba en voz queda, también con un aire ausente, igualmente preocupado y doliente, sin que ni

uno ni otro pareciera advertir la presencia del grupo de chiquillos que salía del barranco. Él no hubiera reparado en el carácter excepcional de esos encuentros de no haber sido porque en cada ocasión el gordo Valverde no escatimaba comentarios procaces.

Por fin llegaron los Gallardo. No volvieron a ir al arroyo. Comenzaron a jugar en un ranjal vecino a la cancha de tenis donde los jardineros habían transportado las mangueras de riego. Para aquel entonces se trataba ya de dos grupos por entero diferenciados. El de los locales, fundamentalmente deportistas, capitaneados por Víctor Compton, chico, el sobrino de Lorenza, y el de quienes jugaban a “las ciudades de corcholatas”. Y estos últimos comenzaron a recibir cada vez con mayor frecuencia muestras de hostilidad de los primeros. ¿Los despreciaban por haber admitido como compañeros a gente a quienes difícilmente registraban como iguales, o era el hecho de haber ideado juegos más sedenta-

rios y menos riesgosos lo que los disminuía frente a los otros? Lo cierto era que ya para esas fechas no andaban en edad de tales pasatiempos infantiles. En efecto, habían pasado varios años desde el comienzo de su amistad con los Gallardo, y él estaba ya por comenzar la secundaria.

De las tres posibilidades la segunda le resultaba la más atractiva para iniciar su relato:

Tarará tarará tarará...

Su padre hablaba del toque Lubitsch expresado en *La viuda alegre*. Lorenza seguía tarareando el vals, se acercaba a don Rafael, a sus sobrinos, a Huberth, daba vueltas en torno a él, deslizándose, acercándose, alejándose hasta que le tendía los brazos y su hermano debía tomarla por el talle y comenzar a hacerla girar.

—“¡No cantes, no bailes! ¡Sobre todo, por favor, no te asomes a ese balcón!” —tenía ganas de gritarle, mientras angustiado la miraba manifestar ante todo el mundo su felicidad. Miró a su hermana y encontró en sus ojos la misma mirada de

temor que esa tarde le dirigió después de hablar con la madre de los Gallardo—. “¡Deja de cantar! ¡Vuelve del balcón si no quieres tu ruina!”.

50 Su imploración pareció haber sido escuchada. Poco después vio a Lorenza, con el rostro contraído, volver a la sala. Se había oído un disparo no lejos de allí, e inmediatamente después otros dos. Al primero siguió un bullicio confuso, un ruido abigarrado y espeso producido por el aleteo y los gritos de miles de pájaros enloquecidos que abandonaban las copas de los árboles cercanos. Lorenza se vio de pronto rodeada por un halo de tordos que aleteaban y graznaban sobre su cabeza y que transformaron su papel de Viuda en la Reina de la Noche. Un pájaro enorme, cegado por la luz de un reflector, se estrelló contra un vidrio, lo rompió y cayó sangrando a sus pies. Lorenza lo apartó asustada con un movimiento brusco del pie. Cuando volvió a la sala se dejó caer en un sillón y durante el resto de la noche apenas habló.

Le repugnaba la maledicencia. Esa especie de ejercicio permanente de defensa con que los mediocres, los frustrados y los cerdos tratan de encubrir la mentira que es su vida, su pobreza íntima. Y en ese momento, desde el café de Roma, le divierte imaginarse a Valverde niño con su cara de luna, su culo enorme, su cháchara de loro, sus ojos que parecían concentrarse en algo con la expresión que en el cine adoptan los malos actores cuando pretenden una mirada inteligente, su tendencia a la obesidad que hacía que sus camisas parecieran estar siempre a punto de estallar, y la enorme capacidad de maledicencia que acumulaba y podía desgranar sobre cada una de las personas que trabajaban en el ingenio, sobre sus esposas, familiares y sirvientas, y la estupefacción que sus revelaciones le proporcionaban a él, a su hermana, a los Gallardo, quienes un poco por inercia no se atrevían a romper su trato, y también por la necesidad de corcholatas que acarreaba en grandes bolsas. En

cierto sentido Valverde les hizo perder una especie de virginidad al darles a conocer muchos infiernos personales, considerándolos como algo del todo natural. Pero a la vez que la curiosidad lo llevaba a tratarlo, percibía algo repugnante en él; se imaginaba a duras penas el medio pelo en que aquella criatura florecía, el resentimiento de sus padres, dueños de la tienda más importante del pueblo, por no ser invitados a ninguno de los festejos que tenían lugar en el club o en las casas que quedaban del otro lado de la barda que marcaba el lugar que a cada quien le correspondía en el ingenio.

Una vez delineado el personaje, regocijado por ese algo de esnobismo con que lo condena, el autor vuelve a abrir el cuaderno y a recrear el día posterior a la llegada de los Gallardo en que habían trasladado el espacio de sus juegos al naranjal situado entre la cancha de tenis y la fábrica, cerca de donde se reunía el otro grupo que consideraba suyo aquel terreno, y donde, qui-

zás fastidiados por la presencia de aquel gordo santurrón, atinaron a asestarle en el transcurso de la tarde dos o tres dolorosos naranjazos. Aquella vez, nuestra conversación se basó sobre todo en cosas de México, de la escuela, de la última vez que habían hablado (porque para entonces se llamaban de vez en cuando por teléfono), de películas y libros. Los chinos se retiraron aburridos de que todo se fuera esa tarde en palabras, pero Valverde permaneció hasta el final, tratando de vez en cuando de introducir en la charla sus comentarios sobre la avaricia de la señora Rivas, una española acabada de llegar al ingenio, o sobre Carmela, la antigua cocinera del gerente, quien había sido despedida y no se había marchado por voluntad propia como decía, pues se sospechaba que se había robado un par de gallinas de Guinea; decía saber muy bien que no sólo se trataba de gallinas sino de botellas de vino que le vendía después al jefe de la estación del ferrocarril, y al final comentó que los

Compton vivían por encima de sus medios —había sido precisamente Víctor Compton quien la había emprendido con él a naranjazos esa tarde—, que el caserón donde vivían no debía corresponderles porque eran empleados de poco rango, y esa casa era digna de un gerente, que andaban tan mal de dinero que hasta Lorenza con todo y sus aires de grandeza se había visto obligada a trabajar.

—Igual que tu mamá. ¿No trabaja ella en la tienda? —preguntó José Luis.

—Sí, pero mi mamá no se enreda con nadie —dijo con incongruencia Valverde—; mi mamá sólo usa las cosas que mi papá le compra; mi mamá está casada.

—¿Y qué tiene eso que ver? —insistió José Luis Gallardo.

—Que Lorenza perdió ya la vergüenza. Por eso se volvió la querida de tu papá —dijo el gordo fingiendo no dar demasiada importancia a sus palabras—. Le regaló un anillo de oro. Por

las tardes se encontraban cerca de las caballerizas; todos los vimos. No había tarde en que no lo hicieran; quién sabe hasta qué hora se quedarían, quién sabe dónde pasarían las noches.

Felipe, el menor de los Gallardo, se levantó y le dio un puñetazo, luego otro y muchos más mientras el gordo manoteaba sin saber defenderse ni cubrirse siquiera la cara. Hizo uno o dos intentos de lanzar patadas, pero Felipe le agarró un pie, lo tiró y luego a su vez comenzó a patearlo. Lo tuvieron que detener porque la boca de Valverde había comenzado a sangrar. El gordo salió de ahí casi arrastrándose; su hermana se echó a llorar, y luego, sin transición comenzaron a hablar de las navidades que los Gallardo habían pasado con sus abuelos en Pachuca y los regalos que habían recibido. La respiración de Felipe era muy agitada; todos fingían no advertirlo.

Esa misma tarde, la víspera de la fiesta de Año Nuevo, el día en que exhibirían *La viuda alegre*, cuando él y su hermana pasaban frente al

chalet de los Gallardo, los llamó su madre; des- hizo todo el juego de cartas que tenía sobre la mesa y dijo mientras con aparente concentra- ción volvía a tender los naipes:

—¡Al fin se me hizo conversar con ustedes! —la voz quería ser amable, pero él recuerda o imagina recordar un sonido repelente entre metá- lico y untuoso que parecía deleitarse en la dicción de cada sílaba, en la enunciación de cada vocal—; me gustaría saber qué fue exactamente lo que le dijeron a José Luis y a Felipe sobre su padre.

—Nosotros no dijimos nada —respondió de inmediato su hermana.

—Mis hijos no tienen secretos conmigo. Felipe me lo dijo todo. ¿Qué le contaron sobre mi marido?

Recordó la antiquísima conversación en el cementerio de pájaros, cuando ella y sus hijos no habían aparecido aún en el lugar.

—El ingeniero me dijo un día que los pájaros tienen siempre gusanos; que llevan en su interior

huevos de gusanos, y también nosotros; nos aca- baremos pudriendo aunque nos entierren en cajas fuertes. Un día hablé de eso con José Luis y Felipe.

—¡No te pases de listo! —la mujer volvió a barajar el mazo de cartas, su tono era aterro- rizador, aunque la compostura del rostro no cambiaba, y las sílabas seguían desgranándose intactas, perfectas, con cada una de las vocales en su sitio—. ¿Qué le dijeron a mis hijos sobre la mujer con quien veían a su padre?

—No dijimos nada —insistió su hermana—. Vicente Valverde siempre cuenta cosas muy feas, por eso le pegó Felipe.

—¿Cosas muy feas? ¿Quién es Vicente Valverde?

—Nosotros no dijimos nada —insistía ella un poco desesperada, como en espera de que él saliera en su defensa—. Su papá es el dueño de la tienda donde paran los camiones. Su mamá está siempre en la tienda...

—Dijo que ustedes los veían...

—Íbamos a comer tomates a un arroyo.

—¿Y era allí donde se reunía con la muchacha? ¿Quién era?

58 —Sí, allí —dijo, y le pesó de inmediato la aceptación del hecho. Trató de atenuar su respuesta, diciendo que era el sitio por donde salían todos los que trabajaban en la gerencia, de modo que era casi obligatorio que se encontrara en ese sitio con Lorenza.

Al oír ese nombre la mujer echó la cabeza hacia atrás con un gesto teatral. Todo en ella le pareció cruel, los huesos tan poderosamente marcados, la boca de labios salientes como esculpidos, el larguísimo cuello. Al fin concluyó:

—No quiero que mis hijos vuelvan a saber nada de esto. Ni siquiera comentaré con ellos nuestra conversación. No se va a volver a hablar más del asunto. ¿De acuerdo?

Se fueron cabizbajos, disgustados, humillados, cargados de culpa, sin comentar nada. Esa noche no salieron; jugaron dominó con Víctor Compton, mientras esperaban que los demás regresaran del cine.

Los acontecimientos se produjeron con rapidez, en cadena. A todo el mundo le extrañó ver la noche siguiente al lobo con su loba en la fiesta que ofrecía el gerente. Era la primera vez 59 que la pareja asistía a un acto social. Ella vestía como siempre falda y blusa, sin collares, adornos o afeites de ninguna especie, con un rostro que parecía recién lavado. No sabe junto a quién se sentaron, si hablaron, si permanecieron juntos, ya que a los chicos los colocaron en un extremo del club. Al recordar en Roma aquel ambiente le resulta de una extrañeza radical: al parecer nada de eso tiene que ver con lo que él es, con lo que conscientemente está siendo.

Y luego...

Ante la sorpresa de todos, el matrimonio pareció entrar al orden como si al fin comprendiera sus obligaciones con la sociedad. Se les vio jugar en distintas reuniones a las cartas, él cada vez más lúgubre, ella muy conversadora, tanto que hasta parecía haber ablandado el

tono y condescendido a pronunciar menos perfectamente las palabras. Lorenza, en cambio, se eclipsó y durante una temporada apenas si apareció en público.

¿Sabrían los demás lo que ocurría? Trataba de captar las conversaciones de los mayores, sin el menor resultado. Preguntó un día con fingida curiosidad si Lorenza estaría enferma ya que no se la veía por ninguna parte. La respuesta fue del todo natural: no, no estaba enferma, tal vez cansada. Parecía que trabajaba demasiado; quizás sus hermanos no lo advertían, ni su madre, que era una déspota, pero el trabajo la estaba matando.

Un día (y él afinó de inmediato el oído) al terminar de comer su abuela le comentó:

—Ese hombre sufre horriblemente. Te digo que hay momentos en que parece estar a punto de volverse loco —pero de ahí no pasó el comentario.

¿Cómo era posible, aún no acababa de expli-

cárselo, que nadie estuviera enterado de las relaciones entre él y Lorenza si Valverde lo sabía y la tienda de sus padres era una especie de radioemisora local? ¿Estarían hasta tal punto incomunicados los de adentro con los de afuera? ¿O era que el mundo de adentro se empeñaba en mantener las formas, proteger al matrimonio, hacer a un lado a la intrusa no obstante las simpatías de que ella gozaba y defender los derechos de la mujer legítima por odiosa que fuera?

Unas tres semanas después de la fiesta tuvo lugar el día de campo anual. Decían que en el lugar al que irían, el ojo de agua cerca de Paraje Nuevo, había nutrias. Se organizaría una cacería. Don Rafael, el agrónomo, comentó el día que se discutió el proyecto que debía inspeccionar unos cañales de esa región y aprovecharía la ocasión para verificar el estado de los caminos y los puentes y arreglar todo lo que fuera necesario. El ingeniero Gallardo se ofreció a acompañarlo.

—Está pésimamente informado de lo que ocurre en el mundo —comentó don Rafael a su regreso—. No debe oír la radio, ni leer los periódicos. Quién sabe cuáles sean sus ideas, pero no cree que el final de la guerra esté próximo. Ni siquiera el hecho de que Francia haya caído parece convencerlo. Claro, estoy de acuerdo, con los americanos no puede uno hablar a fondo, pero entre nosotros es distinto. Cada vez que le preguntaba algo me salía con tales barrabasadas que o no me oía o bien no entendía de qué hablábamos. ¡No saben cómo le gustó el campo! No hacía sino fijarse en todo. Le dije que no se preocupara, que en los pasos difíciles cargaríamos a los críos. No, no hay por qué asustarse, mis hombres conocen bien el camino. Claro, uno de los puentes, es difícilillo, pero ya he mandado reforzar los cables.

Le da pereza escribir lo demás, hasta pensar en ello. Más que establecer los materiales para un relato y trenzarlos le complace recordar de-

talles insignificantes, describir, por ejemplo, las grandes cestas cuadradas de mimbre que no ha vuelto a ver desde la niñez, en que llevaban la comida. El movimiento del día fue inaudito. Los Gallardo quedaron divididos. A él le tocó viajar en el mismo coche con Felipe pero apenas hablaron. No sabía si estaba enterado del interrogatorio al que su madre lo había sometido. Estaba furioso; no lograba entender cómo podía haberle repetido a su madre las palabras de Valverde, aunque después, al recordar lo mal informada que ella estaba comprendió que más bien debía haber sorprendido una conversación entre sus hijos.

Pensó en hacer, a partir de allí, una enumeración de hechos lo más breve posible, sin perderse en reflexiones sobre cualquier elemento exterior. El convoy de coches los llevó hasta un lugar donde terminaban los cañales y comenzaban las barrancas, de donde tuvieron que proseguir a pie, y pasar dos puentes colgantes, uno

normal sobre un río ancho y sosegado, y otro menos tranquilizador, un puente seguramente muy poco utilizado, un grueso tronco colocado sobre un abismo muy angosto, pero tan profundo que apenas podía verse el fondo: sólo se oía el ruido terrible de los rápidos al golpear las piedras. Ellos pasaron montados a espaldas de los cargadores; hubo muchos gritos, muchas protestas. Las voces estrepitosas y la confusión que producían le creaban un aire total de diversión al día de campo. Algunas mujeres desistieron de la excursión, pidieron regresar a los coches aunque al final se dejaron persuadir y pasaron. Los maridos, obligados por la reacción de sus mujeres, comenzaron a protestar... Nadie les había advertido sobre los riesgos de la excursión... Don Rafael insistía con voz seca y cascada en que no había ningún peligro, sólo había que tener cuidado, cada persona debía pasar atada, aquel tronco era muy sólido, él mismo había hecho cambiar el cable del cual podían sujetarse.

Mientras los demás discutían, todos los chicos del ingenio habían pasado ya, igual que varios empleados y técnicos jóvenes, las hijas del gerente, las sirvientas, los cargadores con las cestas y los cartones de cerveza; a él alguien se lo subió en los hombros y cuando lo advirtió ya estaba del otro lado, compartiendo la excitación con su hermana, con todos los demás que se felicitaban por haber corrido el riesgo y salido victoriosos, mientras oían gritos advirtiéndoles que no debían acercarse al desfiladero, que podría haber desprendimientos de terreno. Los gritos se confundían con el ruido violento del agua, muy al fondo, al chocar con las rocas.

Siguieron caminando, llegaron a los manantiales. Habían esperado encontrar las nutrias, los famosos perros de agua de la región, verlas nadar, ahuyentar a sus crías ante la invasión de sus dominios, quizás hasta combatir contra ellos, pero no apareció ninguna. Abrieron las botellas, tendieron los manteles, armaron una

mesa para los cocteles. Doña Charo, a quien le había tocado la preparación del arroz, hablaba de cómo podía mejorarse el sabor con una salsa de alcaparras. Él se echó a reír porque en su casa se había vuelto un motivo de broma la afición culinaria de la obesa vecina; y ésta lo tomó del brazo y con toda seriedad le dijo:

—Debes recordar que un gato con guantes no caza ratones —frase que aún le intriga. Tal vez lo estaba confundiendo con algún otro muchacho para quien esa frase tuviera un sentido, o se refería a que aún no se había desnudado y quedado en calzoncillos como los demás. ¿Su ropa, los guantes? Tal vez. Los otros ya chapoteaban en el río. Víctor Compton, sin pérdida de tiempo se había subido a un árbol y desde una rama situada a unos tres metros de altura, ante la admiración de todos, realizó uno de sus perfectos clavados.

A él le extrañó ver juntos, hablando con animación, quizás con cierto falso énfasis, a Loren-

za y al ingeniero. Era la primera vez que los veía juntos desde la llegada de los Gallardo. El ingeniero tenía vendada la mano derecha con un pañuelo. “Ese gato no cazará ratones”, pensó.

Nadaron un rato; algunos se alejaron en busca de las cuevas anunciadas por don Rafael. Quiso acercarse a Víctor; pero éste se había golpeado un hombro con una raíz oculta bajo el agua y yacía tendido, quejándose e insultando a todo el mundo. De pronto, Felipe preguntó por su madre y comenzó a buscarla. Nadie recordaba cuándo la habían visto por última vez, ni con quién. A todos les parecía que acababa de estar al lado. Había viajado en el coche de los Bowen.

—Al bajar del coche se separó de nosotros —declaró John Bowen—. Mi mujer y yo estábamos seguros de que había pasado el puente y hecho el resto del camino con su marido.

El ingeniero y don Rafael salieron en su busca. Cuando volvieron la comida llegaba a su fin y algunas personas se habían tendido a dormir

junto a la poza. Don Rafael se había enterado de que el camión en que transportaron las canastas y las cajas había regresado a San Lorenzo, pero que no tardaría en volver.

—Es probable que mi mujer haya regresado en él. Es un poco nerviosa, aunque no le gusta dejarlo ver. Lo más seguro es que haya vuelto a casa sin decir palabra. En Paraje Nuevo no le debió ser difícil encontrar un medio de regresar al ingenio. No es agradable que no nos lo haya avisado. No es su modo de actuar. Es una persona nerviosa, pero una cosa así no es habitual en ella, sobre todo porque preocuparía a los niños.

Y no fue sino hasta el día siguiente cuando conocieron la verdad. ¿La había intuido él ya ese mismo día? ¿La supo su hermana?, es posible. En algún momento se cruzó entre ellos esa mirada cohibida y acusadora que le conoció el día del interrogatorio, una mirada que le ha descubierto varias veces después, ya adulta,

casada, y que le hace pensar que algo le oculta, que tiene miedo de él, de un descuido verbal, de una delación.

El día siguiente y los que le sucedieron fueron tan excepcionales que hasta los mayores hablaban sin el menor cuidado ante los niños.

El cadáver había sido encontrado. La muerte se había producido por un desnucamiento. La corriente había arrastrado el cuerpo varios cientos de metros y éste había quedado detenido entre unos troncos.

¿Cuándo se produjo la caída? ¿Quién la había visto por última vez? Las conversaciones giraban en torno a las relaciones del matrimonio. ¿Cuándo había cruzado el lobo el puente? Nadie estaba seguro. Los testimonios fueron de lo más contradictorios. Sí, en el camino el ingeniero había hablado con varias personas a quienes apenas conocía, como si deseara hacer notar su presencia. También su padre comentó que habían hablado sobre algunas películas;

no era tan ajeno al cine como pensaba, pero su gusto era de lo más impredecible.

70 Rápidamente comenzaron a aparecer las virtudes de la occisa, su pulcritud, su inteligencia, su exactitud en el hablar; claro, era un poco excéntrica, tenía manías, como la de pasarse el día entero echando la baraja. Por cierto, había algo que resultaba muy extraño, ciertos objetos de su bolsa de mano habían quedado desparramados a un lado del puente; un peine, unas monedas, algunas cartas de la baraja, ¿se trataría sólo de un rumor o de un hecho verídico? Era difícil saberlo con precisión.

Recordó el comentario de su madre cuando se habló de aquello.

—Allí debió haber quedado en el suelo el siete de espadas, que significa muerte —dijo, llevada por su afición a los efectos melodramáticos.

Todo resultaba muy confuso. ¿Un accidente? ¿Qué hacían esos objetos junto al puente? ¿Se

le había caído el bolso y luego al tratar de recogerlo se había desbarrancado, dejando esas cosas en el suelo? Don Rafael decía no haber visto nada de eso cuando llegó con el ingeniero hasta el barranco.

—Entre esos objetos estaba la carta que le anunciaba la muerte —insistió su madre.

—¿Y la herida inexplicable en la mano del ingeniero? —se preguntaron algunos.

Curiosamente nadie aludió a Lorenza. ¿Sería posible que los encuentros que había presenciado se iniciaban apenas y por lo mismo aún no habían sido advertidos? ¿Serían de tal modo inocentes que nadie los culpaba salvo el inicuo Valverde y la occisa, quien podía ser víctima de arranques patológicos de celos?

Un día después llegaron unos familiares de los Gallarrdo para llevárselos a México. El ingeniero, se decía, había tenido que ir ese día a Atoyac para cumplir ciertas formalidades judiciales. Nadie demostraba ninguna simpatía con

su duelo. Una sombra de desconfianza manchaba todo el episodio.

72 Poco después se le atribuyeron ciertas irregularidades en el trabajo y fue despedido.

Nunca volvió a hablar con su hermana del interrogatorio al que los sometió la difunta. Mucho menos con sus padres o sus tíos. Alguna vez estuvo a punto de hacerlo con su abuela, porque aquel secreto le pesaba como lápida mortuoria. Pero apenas había empezado a hablar intervino su hermana, cambió con brusquedad el tema, como para recordarle que no tenía derecho a volver a ser débil.

Al año siguiente, cuando por última vez fueron al ingenio, en el *chalet* en que vivieron los Gallardo hallaron instalado a un técnico en alcoholes que trabajaba en la fábrica de ron, un hombre joven, soltero, rodeado siempre de gente; se oía música hasta la madrugada, bailaban, bebían y discutían casi a gritos. Todo lo contrario al tono mortecino que siempre había carac-

terizado a aquella casa.

No echó de menos a los Gallardo. En México tampoco los llamó. Le preguntó alguna vez por ellos a su tía y de lo único que se enteró fue del despido del ingeniero. Esas vacaciones se aburrió muchísimo. La ausencia de sus antiguos aliados no mejoró las relaciones con los locales. Alguna vez jugó con ellos, pero demostró ser muy torpe en el beisbol. Fue un intento fallido. Lorenza Compton no vivía ya en el ingenio. En su casa decían a veces que se había ido a vivir a México, otras que a Jamaica o a los Estados Unidos donde los Compton tenían parientes. 73

Terminó el cuento; lo reescribió varias veces, acentuó el aspecto esotérico: la mujer que leía las cartas y que tal vez por ella se enteró de su muerte, las circunstancias totalmente casuales, el peso de la culpa. Estableció algunas relaciones entre el sueño donde delataba a su abuelo y la confirmación a la mujer de las relaciones entre el ingeniero y Lorenza. Y un día, cuando lo consideró

adecuadamente terminado, se lo mostró a Raúl.

74 Raúl opinó que era diferente a todo lo que había escrito, mejor armado, lo que tal vez significaba que se estaba gestando en él un cambio de estilo, que al fin abandonaba ciertas tentaciones faulknerianas que se le habían endurecido como costras y que ese cuento podía abrir el camino que lo llevara a encontrar su verdadera voz. Añadió que lo que más le había gustado era la descripción del sueño inicial, la historia del niño que sin advertirlo delata a su abuelo, y añadió que el tema onírico era mucho más suyo que el resto del relato. Aludió a una página del diario de Pavese que equiparaba el sueño a la vuelta a la infancia, pues en la literatura ambos elementos no son sino un intento de evadir las circunstancias ambientales, es decir, velar la realidad. Un elogio bastante ambiguo. Billie tuvo una reacción que no pudo sino sorprenderlo. Dijo que la atmósfera estaba mejor lograda que el cuento anterior, le recordaba algunos escena-

rios del primer Conrad, pero encontraba el mensaje cargado de un nacionalismo atroz, un rencor malsano hacia los extranjeros. ¿En qué? ¿Cómo que en qué? En el hecho mismo de que el ingenio azucarero, un símbolo del mal, una especie de castillo de aire rarificado y ominoso, era un enclave de extranjeros en el trópico. 75

Se inició una discusión absurda en la que acabó, dado lo irreal de los planteamientos, defendiendo posiciones que le eran incompatibles; hizo algunas concesiones, atenuó tal o cual efecto que pudiera implicar una condenación al medio de los Compton, y el relato fue publicado. Veinte años después lo tenía en las manos y podía enseñárselo a su esposa, quien lo hojeó durante unos minutos, sin mostrar demasiado entusiasmo por leerlo, elogió el formato y luego lo dejó olvidado en cualquier parte.

Sí, piensa mientras revisita ese texto olvidado, fue un puente a otras cosas; allí se inició un despojo de efectos barrocos que lo aprisiona-

76 ban demasiado. Gracias a él pudo pasar a otras formas; pero por muy poco tiempo, desgraciadamente, pues como es sabido, desde hacía varios años no escribía sino ensayos, artículos y ponencias. De cualquier manera escribir esa historia le hizo sentirse despojado del terror de su infancia, del agobio por no haber estado en Xalapa durante el entierro de su padre. Y, sobre todo, libre por fin del temor a Billie Upward.

Moscú-Lvov, junio de 1980

Cementerio de tordos, de Sergio Pitol, se terminó de editar el 21 de junio de 2012. En su composición, a cargo de Patricia Luna, se emplearon tipos Sabon de 23 puntos.



